

Colgadas a la puerta de la gruta, se hallaban innumerables ofrendas, cada una de las cuales suponía un beneficio pedido y logrado; en el interior, elevábase un sencillo y primitivo altar, ante el que ardían incesantemente muchas docenas de cirios, y en el propio hueco, donde, según la veraz y hermosa tradición, se apareció a Bernadetta Soubirous la Virgen sin mancilla, elevábase una preciosa y artística imagen que hacía rememorar a ésta. Se encontraba vestida de blanco, con las manos unidas, los ojos compasivos, el rostro inefable, y rodeaba su cabeza un limbo luminoso, en que se destacaban clara y vigorosamente las palabras que dijo a Bernadetta: «Je suis l'Immaculée Conception» *Soy la Inmaculada Concepción.*

Cimiento grandioso e inmovible de nuestra fé, como de la divina tradición a que dió origen, es también la gruta donde se asienta una amplísima y suntuosa iglesia consagrada en honor de María Inmaculada. Compónese éste admirable monumento de tres pisos a que dan acceso amplias balaustradas: la iglesia del Rosario, que tiene dedicadas sus preciosas capillas a distintas dulces advocaciones de la Virgen Madre, y en cuya iglesia se celebra misa en las grandes solemnidades; la cripta, en donde se bendicen los objetos piadosos, que hace recordar las catacumbas de los primeros cristianos, y la basílica, consagrada a Nuestra Señora de Lourdes. Todo ello se encuentra cubierto de lápidas conmemorativas y de otros testimonios de puro y sincero reconocimiento. De las bóvedas penden multitud de estandartes, ricos hasta la fastuosidad, depositados allí por las peregrinaciones, en seguida de haberlos paseado procesionalmente con el mayor fervor y la más emocionante solemnidad.

Frente a éste inmenso edificio hay un magnífico paseo, ornado con las imágenes de Nuestro Redentor, de María Inmaculada, del arcángel San Miguel, de San Juan Bautista y de San José (obras maestras del arte escultórico, que vienen prestamente a mi memoria, al pararme extático, con la noción del tiempo perdida, ante las no ménos acabadas y maravillosas de San Juan Bautista y Santa María Magdalena, que posee la parroquia de San Pedro apóstol, de ésta ciudad). Allí, en aquél paseo, se celebran las procesiones, formadas con miles de peregrinos, siendo verdaderamente magníficas, incomparables, superiores a lo que llegara a describir el relato elocuente—en que jugarán con esplendidez y lozanía las flores imaginativas y los frutos de la verdad—las celebradas de noche, a la luz de incalculable cantidad de antorchas y deslumbradoramente iluminados la iglesia y el paseo. Aquello representa la apoteosis del alma seráfica de un San Francisco de Asís o de un San Juan de Dios, que en un rapto ultraterreno, entrevé el cielo desde las insignificancias y miserias de la tierra.

Los que hemos experimentado el inenarrable placer de presenciar el preinserto espectáculo, y visto la reverencia y el enternecimiento con que los fieles se arrodillan ante la gruta e imploran a la Virgen; los

que hemos visto, en el doloroso y aflictivo desfile de los enfermos desahuciados, y en de los cojos, mancos y paralíticos—llevados éstos en cochecitos desde el hospital a la piscina—, palpitaciones intensas y apenadoras del sufrimiento humano; al observar, algo después, los aires inconfundibles de animación, vigor y rejuvenecimiento que les prestó la inmersión salutar—debe advertirse, que el agua aquella carece de todo elemento curativo, según repetidos análisis de la ciencia—hemos sentido emociones tan profundas y persistentes, y notado vibraciones tan intensas y reveladoras en nuestro espíritu, que la memoria de todo aquello, tan extraño y fantástico, perdurará en nosotros tanto como la existencia mortal, y podremos testificar en todo momento la exactitud de las palabras del santo: «La fé redime y salva.»

Voy a exponer ahora tres curaciones operadas en Lourdes, en otras tantas personas que todavía viven y con las que me unen lazos muy sinceros y perdurables de buena amistad.

El primero, es el de una niña de catorce años de edad, que cursó conmigo, en Gijón, sus estudios de piano. Esta pollita, poseedora de una belleza tan angelical y adorable que hacía imposible ser olvidada por los ojos afortunados que hubieran gozado del deleite supremo de contemplarla siquiera una sola vez, se le formó un uñero de muy mal carácter en el dedo de un pié, que le producía dolores intolerables y le prohibía además el andar sin auxilio de una muleta. Infructuosos resultaron para su alivio los remedios de la ciencia médica. Unánimemente llegaron a opinar los distintos facultativos que la examinaron, ser precisa e inevitable la amputación del dedo enfermo. La negativa rotunda de la niña a ser operada en tal forma, y los sentimientos religiosos de ella y de sus progenitores, les aconsejaron de consuno el viaje a Lourdes. Allí fueron todos. El resultado no pudo ser más venturoso y feliz. La niña introdujo su pié en la piscina, y nunca acertó a explicar, cómo, al sacarlo de dentro del agua, lo halló tan completamente sano, que pudo arrojar léjos de sí la muleta de que se servía para caminar, y emprender veloz y fácil carrera para arrodillarse, rendida y llorosa, ante la Virgen, que tanto demostró amarla, al concederle el inapreciable beneficio de ponerla buena del todo, y restituirle la suma de ilusiones y de bienestar que estimaba perdida del todo y para siempre.

El segundo caso, es la ceguera de un niño de ocho años de edad, a consecuencia de explosión de pólvora que le abrasó la cara. Como la posición social de sus padres era opulenta, no prescindieron éstos de poner en acción remedio alguno para lograr que el niño viera alguna cosa; lo necesario para valerse por sí mismo en menesteres fáciles. Pero famosos oculistas les manifestaron francamente ser aquel un caso desesperado y de imposible remedio. Atendiendo entonces los consejos de la madre—señora de mucha religiosidad y virtud—emprendieron el niño y los autores de sus días el viaje a Lourdes. Cuando de regreso en Gijón volví a verlos, se hallaba el niño en total recupera-

A. H. M.
DAMIEN